“Edición de Autor 1”

(Cinco cuentos)

Anna Sylvia Villegas Carvallo
Veracruz, Ver. Siglos XX y XXI

“Personal”

Pertenezco a la generación “de la guerra”. Algunos dirían “la posguerra”, pero esa expresión yo la emplearía para referirme a aquellos que nacieron después de 1944, es decir, al término de la Segunda Guerra Mundial. Y yo nací en plena guerra, en 1942.

En fin, dígase como se diga, en la década de los años 60 yo andaba en mis 20s. De modo que, en definitiva, pertenezco a esa generación que, rotundamente, cambió al mundo. Sí, a este mundo que hoy conocemos como el de la “globalización”, el de la ciencia y la tecnología, el del hombre en el espacio exterior y el de la libre expresión. Este mundo que había venido evolucionando a marcha razonable, pero que, al llegar nosotros, los de la generación “de la guerra”, dio un salto impresionante y prácticamente se adelantó al futuro. Puedo decir que me siento orgullosa de mi generación. Y, sobre todo, porque yo también he puesto mi grano de arena para mejorarlo...

Ignoro qué tanto pudo haber influido la guerra en mis padres; nunca me hablaron de eso ni yo pregunté. Lo que sí sé es que me crié en un ambiente frívolo y escandaloso. A esta última palabra le concedo dos acepciones. Una: a pesar de la frivolidad imperante, los adultos se escandalizaban por todo y, dos: hacían mucha bulla. Con esto me refiero a que, en el puerto donde me tocó crecer, la gente es muy sociable y parlan-

china. El mínimo pretexto es suficiente para hacer una fiesta, reunirse y sociabilizar en medio de un bullicio enorme. La primera acepción, "escandalizar", permítaseme aplicarla como "perturbar"; es decir, cualquier idea, uso o costumbre nueva los perturbaba, los sacaba de su contexto y se retraían asustados, temerosos. Hoy ya no. Hoy, los adultos, que somos nosotros y los que vienen detrás de nosotros, estamos abiertos a cualquier novedad mientras nos sirva; y lo que no nos sirve, lo dejamos en paz para que lo aprovechen otros a quienes sí les sirva. Esa fue una de nuestras contribuciones al mundo. Ser abiertos.

Y bueno, en ese ambiente crecí. Sin embargo, recuerdo con especial afecto mi infancia en Veracruz, un puerto aún salvaje en aquellos tiempos. Silvestre, rústico, inculto. La música afrocubana se oía todo el día en la radio y en las fiestas. Mis primeros pasos de baile los dí al ritmo del mambo de Pérez Prado y de las huarachas de Beny Moré. (Posteriormente no me quedó más remedio que seguir la música de Elvis Presley y de los Beatles, pero siempre preferí a los primeros.)

Tuve un hermano; lo tengo todavía, pero ése sí se quedó santurrón, no pícaro como yo. No obstante, y para hablar a su favor, él sí pulió sus modales, se hizo muy diplomático y ha ido por la vida haciendo reverencias... Yo no. Yo me quedé salvaje, como el puerto en el que me crié.

Cambié de escuela varias veces. Había años en que iba yo a escuelas particulares; otros, a escuelas públicas, según la economía de mis padres. Nunca fui una lumbrera en los estudios, pero era pensante. Me gustaba aprender, sobre todo, lo que fuera de primera mano, como ver parir cachorros, observar cómo crecían los frutos en los árboles, mirar cómo se multiplicaban los renacuajos en las aguas estancadas, contemplar la forma en que las aves empollaban sus huevos y luego alimentaban a sus crías, y escuchar el croar de las ranas al atardecer e imaginarme que yo también era una rana a la orilla de un estanque de agua fresca. Pero lo que más me gustaba era ir a la playa, cazar cangrejos, nadar, asolearme y caminar en la arena libre de ropa y calzado y preguntarme por qué se movía el mar, a quien identificaba yo como una entidad viva, igual que al cielo y a la Tierra. A veces me quedaba mirando a la distancia, donde el mar y el cielo se unen, y me preguntaba qué habría más allá. Invariablemente me contestaba, "el mundo". "Allá está el mundo".

Mis padres se ocuparon poco de mi educación, para ellos era suficiente tener a los hijos bien comidos y sanos. Después, cuando cumplí doce años, se divorciaron y me quedé sin familia. Me mandaron a estudiar a un internado fuera de mi país donde me sentí muy sola. Pero había libros, y comencé a leer. Leí mucho y me dí cuenta de que si para algo tenía yo facilidad era para

escribir. Así que decidí escribir. Y en el curso de un año escribí alrededor de 1,095 cartas, todas pidiendo que me sacaran de la cárcel donde me habían metido y robado mi identidad. Nadie me hizo caso. Y dejé de escribir.

Un día descubrí dos libros con el mismo título, pero uno publicado en inglés y el otro en español. Recuerdo que era "Sinhué el Egipcio", de Mika Waltari. Para esto, estaba en casa de mi madre en unas vacaciones. Y me puse a leer los dos libros al mismo tiempo, uno en una mano y otro en la otra. Mi madre y sus hermanas se burlaron de mí. "Es que quiere saber si los dos dicen lo mismo", comentaban riéndose. Pero yo las ignoré y seguí leyendo, comparando atentamente la forma en que se traducía al inglés lo escrito en español y viceversa.

Cuando llegué a los 18 años, regresé a México. Quería ser novelista, pero la inquietud que me provocaban mis jóvenes hormonas no me permitía concentrarme; era muy impaciente. Me sentía mortificada, molesta, fuera de lugar. La casa de mi madre era el lugar menos adecuado para vivir una persona como yo. Todo me era extraño, hasta ella. De modo que me fui de la casa y renté un cuarto. Encontré un empleo por las tardes y en la mañana asistía a la Universidad. Tuve la ingrata sorpresa de que en ese tiempo mis estudios en el extranjero no eran validados en mi país. Pero no me

desanimé; la Facultad de Filosofía y Letras aceptaba "oyentes" y así cursé mi carrera de Letras. No obtuve un título, pero descubrí que no tenía madera de escritora sino de traductora. Y en eso me concentré.

El resto fue bueno para mí. El trabajo nunca escaseó y pude trabajar en las casas editoriales más importantes del país. Viajé y me uní a los movimientos estudiantiles de 1968 tanto en París como en la Ciudad de México. Hoy que veo lo que mi generación hizo con sus manifestaciones de descontento, con su rebeldía, con sus nuevas ideas, con su revolución intelectual, me siento satisfecha. Mi trabajo, en la actualidad, lo desempeño exitosamente ante una moderna computadora fruto de mi generación y gozo de los avances de la tecnología desarrollada y la libertad ganada por aquellos que en los años 60 dijeron "ahí vamos" y revolucionaron al mundo.

Es cierto que muchos de mis coetáneos "se quedaron en el viaje"; ésos son los anacrónicos, los que se quedaron instalados en aquellos años que consideraron "los mejores" y que nunca, hasta la fecha, han podido ver que el mundo cambió, mejoró, maduró. Son los que no tuvieron mucho o casi nada que decir, los que se perdieron en la vorágine de la época, en el hippismo, la histeria colectiva, la contracultura... Los pobres de espíritu a quienes se les niega hoy el reino de los cielos.

Hoy estoy a punto de cumplir 60 años. A veces

me pregunto cómo llegué hasta aquí si cuando era yo joven me decía, igual que mis compañeros de tertulia, que al llegar a los 50 nos pegaríamos un tiro porque no queríamos ser viejos. Qué risa. Hoy les pregunto si aún piensan igual, y me miran de reojo como diciendo "Calla, insensata". Me muero de la risa. ¿No que no...? No, si la vida es muy hermosa.

Nunca me casé, pero tuve una hija. "¿Cómo vas a encargar un hijo si no te has casado?" Pregunta absurda en los años 60. Ése fue siempre mi plan de vida. Fundar mi propia familia, mía, para siempre. Una familia que nadie me pudiera quitar y que yo mantendría unida a toda costa.

El matrimonio nunca estuvo en mis planes. Tengo un grave problema de convivencia íntima con el sexo masculino, y lo acepté siempre como algo natural. Puedo tener amigos, socios, clientes de negocios, pero si alguno cruza la raya, deja de ser mi amigo, mi socio o mi cliente. Tengo una mentalidad demasiado masculina, y ni aun el más hombre ha podido aguantarme. Los canso pronto, y con alevosía y ventaja. Tal parece que lo hago a propósito. No disfruto despreciarlos, pero descanso cuando se alejan. Ellos también me agotan. Por ahí en el curso de mi vida han aparecido dos o tres que sí me han comprendido a cabalidad, pero me han tenido miedo y ellos solitos se alejan. Sin embargo, éstos son los que en algún momento determinado han

dado buenas referencias mías y yo he resultado favorecida. A ésos no los olvido, y si se diera o se haya dado el caso de corresponderles, lo he hecho gustosamente.

Tengo tres nietos, dos chicas adolescentes y un niño pequeño que viven conmigo igual que la madre. Estamos juntos en las duras y en las maduras, y no nos quejamos. Tenemos un lema, un "antiguo lema confuciano", como dice mi hija, y éste es: "Cuando hay, hay. Cuando no hay, no hay". Por supuesto, nos referimos a los tiempos de las vacas gordas y de las vacas flacas. También, igual que en todos los hogares, "conjugamos" el verbo "Ya no hay". Y la vida sigue su curso.

Hace unos días compré un compact disc, "Los Hijos de Sánchez" de Chuck Mangione, que me trae recuerdos de mis soledades juveniles y que, en su momento, el libro de Oscar Lewis del mismo título también me causó un gran impacto. Pues ésta es la música que quiero que se toque durante mi funeral. Estoy segura de que lo disfrutaré en mi viaje al infinito...

La Otra Oportunidad

Primer premio adicional del Concurso Marie Claire 1995, relata la experiencia de una mujer que, al morir, siente que Dios le ofrece una segunda oportunidad... y regresa a la vida con el firme propósito de acercarse más a su familia y dedicarse a lo que verdaderamente vale la pena en la vida.

Bebí tanto, tanto, que se me quemó el estómago. Y no sólo el estómago, porque, esa mañana, amanecí café. Mi cara era café, mis brazos, mi pecho... ¡Toda yo era una masa café! Pensé que había habido un incendio y que me había chamuscado. Pero no me ardía, ¡nada me dolía!

Estaba sola en mi departamento y, como siempre, con la sensación de que la fiesta de la noche anterior no me había dejado nada bueno, nada positivo en qué pensar. Nada para recordar.

Me acosté de nuevo. Inconscientemente puse los brazos en cruz y miré al techo. Mi mente estaba en blanco. Hacía esfuerzos por pensar... y no pensaba nada. No sé cuánto tiempo estuve así, pero, de repente, la sangre comenzó a brotar de mi boca. Un borbotón, luego otro, y otros más.

"Es el diablo", pensé. "Es el diablo que se me metió al cuerpo". Por fin hilaba un pensamiento completo.

Y con esa idea me levanté violentamente para ir al baño y evacuar todos esos demonios que, amontonados, luchaban con denuedo para salir a través de todos los orificios de mi humanidad.

A cada momento me sentía más y más débil. En un instante, ya no pude permanecer de pie y tuve que arrastrarme hasta la recámara. Estaba asustada. Eran los

diablos que me estaban consumiendo. Nunca imaginé que eso podría sucederme a mí. Cuando menos, no con tanta rapidez.

En esas ocasiones en que otros piensan en Dios y encomiendan su espíritu al Padre, yo, por el contrario, pensaba en el diablo y combatía ferozmente porque no me llevara. No se me ocurrió pensar en Dios; creo que decidí que yo sola podría contra Satanás y, al final, lo vencería. Pero en un chispazo de inteligencia, me convencí de que, sin ayuda, el maligno me ganaría la batalla; por eso, como pude, me arrastré por encima de la cama hasta alcanzar la agenda y el teléfono que se hallaban del lado contrario al que yo me mantenía a punto del desmayo.

Busqué el número de los conserjes; ellos tenían una llave de mi departamento y podrían entrar a asistirme. Por primera vez pensé en Dios. "Que estén, Señor", le rogué. Y ahí estaban.

Cuando entraron hasta la recámara y me vieron, la cara de uno se descompuso. Alcancé a ver que ambos cambiaban de color; se pusieron blancos.

—¿Qué le pasó? —se acercó, preguntando—. ¿La acuchillaron?

—No —respondí débilmente—. Es por la boca...

De inmediato llamaron a la ambulancia y, en menos de cinco minutos, los camilleros me estaban recogiendo. Recuerdo que, en el trayecto al hospital, uno de ellos me palmeaba las mejillas, diciéndome:

—No se duerma, güerita, no se duerma.

Los médicos hacían esfuerzos supremos por salvarme la vida. Sondas, agujas, transfusiones, respiración artificial y toda la parafernalia adecuada al caso.

Lo último que sentí fueron las convulsiones y después un frío intenso. Luego, me hundí en un sueño profundo, de cansancio.

Entonces me vi flotando en las tinieblas. No tenía cuerpo, pero veía y pensaba. Miré a mi izquierda, hacia arriba, donde había una luz; una luz que pudo haber sido deslumbrante, pero que no me molestaba. Instintivamente, floté hacia ella; e iba contenta, sin preocupaciones, sin dolores ni malestares, sin problemas, con una paz interna que nunca había experimentado. ¡Me sentía tan dichosa...!

Y hacia allá iba yo. De repente, una voz tranquila, pero potente, me dijo:

"Las niñas", se refería a mis hijas, dos de ellas muy chiquitas.

En cuestión de segundos supe que, si yo me abandonaba a ese sentimiento de absoluto bienestar, mis hijas quedarían desamparadas, al "cuidado" de un padre irresponsable que no era capaz de llevarles siquiera el alimento diario.

Me detuve en seco, debatiéndome ante la alternativa de continuar el plácido camino o de regresar a aquel cuerpo sanguinolento, clavado de agujas y relegado en la penumbra de un anfiteatro de hospital. Todavía tuve la osadía de rebatirle a la Luz con Voz:

"Pero está sucio", dije mirando hacia mi cuerpo.

"Pues límpialo", me dijo con autoridad, pero sin ofensa.

Obedientemente, di marcha atrás. No me gustaba la idea de volver a ese cuerpo sucio no sólo de la materia sino del espíritu; pero obedecí con humildad y, condescendiente, me dirigí a él para llevar a cabo lo que

se me ordenaba.

Arrojé otro buche de sangre y vi a una afanadora que se acercaba con los ojos bien abiertos. No puedo decir que se veía espantada. Seguramente en los hospitales conocen muchos casos como el mío, pero verme consciente fue la señal que necesitó para dar aviso de que no estaba muerta.

Sentí que me trasladaron a la sala de terapia y cómo esa misma afanadora comenzaba a asearme suavemente.

Pasé ocho días en recuperación antes de que me dieran de alta. Desde entonces, estoy pensativa; ya no asisto a fiestas ni me arriesgo a tentaciones que pudieran dañar mi cuerpo o mi espíritu. No bebo alcohol ni me sobrepaso en las comidas. Me acerqué a mi familia y sólo me ocupo de lo que verdaderamente vale la pena en esta vida.

Me he esmerado en cuidar mi cuerpo como lo más valioso que me dio el Creador. Vivo para mantenerlo limpio tal y como me ordenó, y para amar a mis semejantes, pues ambas cosas me llenan de satisfacción.

En el silencio de la noche, cuando las niñas duermen, me pregunto insistentemente: ¿Yo vi a Dios? ¿Me dio una segunda oportunidad? En lo profundo de mi ser, estoy segura de que así fue.

“La Noche de Bodas”

Había llegado a la edad de “merecer”. Ninguno de sus siete hermanos pensaba que encontraría novio, pero lo encontró. ¿Dónde lo encontró? Nadie lo supo nunca a ciencia cierta. La verdad es que, un día, la madre de José Antonio Mena fue a pedir la mano de Micaela Sabater Alfaro.

Doña Martiniana Alfaro y don Enrique Sabater se mostraron escépticos. Estaban como incrédulos. “¿Te das cuenta, mujer —le dijo a su esposa— que “vinagrillo” se nos casa? ¡Quién lo diría...!”

“¡No tiene nada de raro! —contestaba esperanzada doña Martiniana. Hará una buena esposa...” Pero la doña no estaba tan convencida. Su cuarta hija siempre había mostrado un carácter bilioso y descomedido. Era la más egoísta de todos sus hijos, y gritaba mucho. ¡Dios, cómo gritaba!

Sus frases favoritas para dirigirse a sus hermanos, eran: “¡Eres una bestia!”, “¡Comes como cerdo!” “¡Pues que cada quién se rasque con sus propias uñas...!” Y otras insolencias por el estilo. La chica era verdaderamente cáustica de carácter.

Contra todos los pronósticos, Micaela Sabater Alfaro y José Antonio Mena contrajeron matrimonio. Y, por alguna razón, tuvieron que pasar la noche de bodas en la casa de los Sabater, en la misma recámara de Micaela. La recámara perfecta de la perfecta Micaela. Una recámara tan limpia, que parecía la suite presidencial de un hospital de lujo. Todo estaba en su sitio

exacto; el antiguo piso de mosaicos rechinaba de limpio; el espejo del tocador parecía invisible; la colcha de la cama era como la espuma de un mar límpido; y las sábanas, las sábanas eran el templo perfecto de la pulcritud y el esmero. Todo en Micaela era de una perfección tal que lindaba en la insania.

Aquella noche en la casa se guardó silencio. En lugar de festejar a los recién casados como es costumbre, uno a uno se retiraron a sus aposentos con los ceños fruncidos, dejando a José Antonio Mena con la copa de sidra en la mano, desconcertado. No se dio cuenta de que sus cuñados sentían una honda compasión por él...

Micaela, con aire de triunfo y lanzando una mirada despectiva a su familia, tomó a su consorte del brazo y lo condujo a la cámara nupcial. El silencio de la casa contenía un aire pesado, al contrario de lo que era costumbre, pues, por lo general, se iban a la cama con carcajadas y chacoteos por los sucesos del día. Nunca faltaba quien roncara o hiciera ruidos flatulentos, haciendo que la algarabía se desatara nuevamente a las primeras horas del sueño.

Pero esa noche era distinta. Todos esperaban oir algo, algo. Un beso, un suspiro, una palabra apasionada... Pero nada. Y se quedaron dormidos en el profundo silencio de la noche de bodas de la hermana Micaela.

A las cinco de la mañana, antes de que nadie se levantara de la cama aquel domingo, Micaela subió sigilosamente a la azotea a lavar sus sábanas. Luego, se puso a lavar el colchón, el piso de su recámara y las

paredes y el espejo y todas las ventanas de su aposento. Lavó hasta las puertas y las manijas de su tocador. Lavó y lavó todo el día, mientras José Antonio Mena permanecía callado, observándola, sin entender nada.

Doña Martiniana, atenta a la extraña actitud que había tomado su hija, la llamó discretamente hacia su cuarto de costura. Antes de que pudiera articular una palabra, Micaela dijo casi gritando: "¡Me divorcio!"

La madre se alarmó. "¡Cómo que te divorcias...! Si apenas te casaste ayer..."

"¡Me divorcio y no habrá poder humano que me convenza de lo contrario! Así que ya lo sabes, mamá —dijo halando aire por la nariz, como toro embravecido— ¡Me divorcio!"

"Cuando menos dime qué pasa. ¿Es que el marido no funcionó?" Y, mirando a Micaela fijamente, agregó: "¿No se consumó el matrimonio?"

"¡Eso es algo que no interesa! ¡La razón es que no aguanto a un cerdo en mi cama ni en mi habitación...!" Y pronunció la palabra "cerdo" con el más absoluto desprecio, arrastrando la "c" en forma por demás artera.

Doña Martiniana Alfaro se imaginó un cuadro inenarrable. Pensó que, quizá José Antonio Mena era un degenerado que había intentado violar a su hija Micaela por algún lugar insospechado. Pero se equivocaba. José Antonio era un joven sano, ingenuo, que lo único que sabía del sexo era que había que hacerlo por donde Dios manda y con lo que Dios le dio. Ni más, ni

menos.

"¡Pero mujer, dime la razón!" gritó la madre al borde de la histeria.

"Ensució mis sábanas... Y me ensució a mí..." dijo ocultando el rostro detrás de las finas manos blancas enroscadas en un par de puños apretados que delataban su ira y su asco.

¿De qué la había ensuciado?, se preguntaba doña Martiniana. "¿Acaso vació el bacín de orinas en la cama?" alcanzó a interrogar.

"¡No mamá! ¡De un menjurje que salió de su bajo vientre...!" dijo horrorizada Micaela Sabater Alfaro.

La madre de Micaela estuvo al punto del colapso y se quedó muda... Muda para siempre.

Si el matrimonio se consumó o no, nadie estuvo seguro. Pero de que éste llegó a su fin al siguiente día de la boda, de eso se enteró todo el mundo.

Pasaron los meses y José Antonio Mena logró superar el trauma, casándose al poco tiempo con otra mujer y fundando una familia normal y feliz. Logró olvidar el extraño capítulo de su noche de bodas con Micaela. Pero ésta jamás la olvidó y se negó a sí misma a vivir una nueva experiencia amorosa...

Como una planta a la que no se riega con agua y con aliento, Micaela se secó; y su hojarasca fue vista volando al viento, deshaciéndose en pequeños pedazos agrestes que mucho mortificaban a las gentes del lugar.

La pobre Micaela...

“Moscas, Flores y Recuerdos”

Rafles, Nuestro Sapo, nació en Orilla del Río. Su padre era un famoso comerciante que canjeaba insectos por flores que usaba para refrescar el recodo del río que habitaba con su familia.

Al contrario de su padre, Nuestro Sapo, que era joven aún, no llevaba en su sangre fría ni pizca de mercader. Su deseo, curiosidad y gusto por las aventuras lo llevaron a abandonar 1a húmeda y fresca comodidad de Orilla del Río. Ansiaba conocer otros estanques, otros sapos, otros ríos, todo lo que le habían contado aquellos pocos que habían regresado de la Gran Aventura.

Valiéndose de su ingenio para satisfacer sus deseos, logró persuadir a su Rana Madre para que lo ayudara a convencer al Sapo Mayor de modo que le permitiera partir bien aprovisionado de toda clase de insectos, entre los que habría moscas y mosquitos, “para cuando llegue a otras riberas, poder ofrecer un presente a los sapos residentes”, dijo.

Su ideal no era distinto al de los demás sapos. Muchos anhelaban ir a correr la Gran Aventura, pero pocos la llevarían a cabo; y como durante el viaje recogería un gran cúmulo de flores y recuerdos, más tarde llegó a alcanzar gran fama.

Rafles amaba la aventura y gustaba de los lances amorosos de las ranas, así que al hacer su primera escala en la Cascada del Monte tomó dos esposas y otras tres después de activos saltos y zambullidas en el Río Azul,

donde pasó una semana. Sin embargo, Rafles no era precisamente de los que practican la vida hogareña, puesto que en sus recuerdos no menciona las felicidades del matrimonio.

Un día, al pasar por Laguna Verde, se detuvo en una pequeña cueva a visitar a 1a Rana Sabia, quien le dijo: "Adivino que te gusta viajar". Rafles, en sus memorias, registra haberle dicho que sí, aunque en ese entonces, por estar recién casado, no tenía intenciones de reanudar el viaje. La Rana Sabia le aconsejó que siguiera adelante: "Ve a encontrarte con mi hermano en Monte del Remanso; con mi otro hermano en Lago del Silencio; con otros de mis hermanos en los Rápidos de la Montaña, y cuando los veas, abrázalos de mi parte". Rafles prometió que así lo haría, y, al día siguiente, al amanecer, se echó al lomo sus moscas, sus flores y los pocos recuerdos que había acumulado hasta ese momento para ir en busca de los hermanos de la Sabia.

Al llegar a las faldas de Monte del Remanso, aprovechó la ocasión para detenerse a descansar y tomar agua en una cueva en cuyo interior manaba un pequeño manantial. En sus memorias no menciona la ubicación exacta del sitio, pero su sorpresa fue mayúscula al descubrir en éste ¡un cementerio! Ahí identificó la tumba del primer hermano de la Rana Sabia, porque la tapa del sepulcro estaba cubierta por un fino helecho color guinda llamado *mosaico* perteneciente a la dinastía de los Sabios, y porque el guardián del cementerio, un viejo sapo que se movía con muletas, le informó que se trataba del primer hermano de la Rana Sabia, quien,

al regresar de la Gran Aventura, había encontrado la muerte en un salto cuya longitud no había calculado bien, resquebrajándose las viejas vértebras durante el esfuerzo. No había sobrevivido.

Rafles cumplió con los deberes fúnebres con que se honraba a los Sabios, y enseguida emprendió e1 camino a través del desierto.

Para que el sol no quemara su resbalosa piel poblada de verrugas, atravesó la gran Zona Árida en viajes nocturnos. De día, Rafles recobraba la humedad de su piel protegiéndose, hasta la caída del sol, en las cuevas, madrigueras o pozas que encontraba en los desfiladeros; por la noche, a salto de... rana, continuaba el camino.

Estas pausas daban a Nuestro Sapo tiempo suficiente para meditar: tres años duraría su recorrido por el desierto, pero finalmente consiguió iniciarse en el conocimiento de Todas la Cosas de la Vida, llegando a acumular su primer Orden de Recuerdos. Sus reflexiones le habrían de servir mucho cuando, al fin, de un gran salto llegó a las primeras piedras que llevaban a Lago del Silencio.

En este lugar existía la costumbre de que los sapos jóvenes salían de sus estanques de Orilla del Lago para ir a refrescar con flores al reseco viajero que recién llegaba de cruzar la gran Zona Árida. Los sapos residentes lo invitaron a hospedarse en distintos estuarios de Lago del Silencio. "Si el viajero que llegaba aún llevaba flores —signo de una gran concentración para mantener la humedad en el desierto— y yo todavía

llevaba las mías, se le daba residencia en la mansión del Sapo Anciano", recordaba Rafles. "Cuando se corrió la voz de que había llegado un sapo cargado de flores y con un saco de moscas para agasajar a la población, salieron a recibirme jubilosamente cuando me vieron llegar de un salto a los terrenos del Silencio, y me llevaron a refrescarme y a disfrutar del descanso en un recodo del río donde se aposentaba el Anciano. Unos días después, el Sapo Anciano me presentó con el Sapo Taciturno, emperador de la comarca".

A Nuestro Sapo, en sus correrías, siempre lo acompañó la buena fortuna. En todas partes era bien recibido, algunas veces porque ya había alcanzado gran experiencia en Todas las Cosas de la Vida, otras porque podía mostrar un gran Orden de Recuerdos, aunque casi siempre por su simpatía, su trato afectuoso y su agudo ingenio que conquistaba a quienes lo conocían.

La tradicional hospitalidad del mundo de los sapos ofrecía muchas ventajas tanto para el anfitrión como para el huésped, si éste sabía aprovecharlas. Y Rafles, Nuestro Sapo, lo sabía. Por ejemplo, en Lago Tranquilo, adelante de la Cordillera de la Infinidad de Arroyos, Rafles recuerda que "el rey me mandaba flores y moscas durante el tiempo que estuve ahí. Cuando me despedí de él, me envió con sus criados un centenar de pétalos de rosas y un millar de mosquitos, así como recuerdos y un esclavo". Por otra parte, uno de los hermanos de la Sabia, el Sapo Condigno, rey de Torrente Encantado "y uno de los siete reyes más grandes del mundo, me recibió con muchos honores y

después me regaló orquídeas, una iguana y una bolsa de piel de víbora con *chimbos*, un dulce de yemas de huevo de tortuga que contiene vitaminas muy apreciadas entre ellos". Unos meses después, Rafles se las ingenió para convencer al rey, quien al principio se negaba "por ciertos temores que abrigaba en cuanto a mis facultades", para que le permitiera continuar la Gran Aventura rumbo hacia los Rápidos de la Montaña en compañía de una esposa, además de quinientas moscas que le pedía, así como una regia membrana de hoja de árbol del hule y dos iguanas para transportarse.

Así, tan bien provisto por sus anfitriones, nuestro sapo Rafles siguió viajando cada vez más lejos de Orilla del Río. Llegó a Presa Grande, el embalse donde había nacido la Rana Sabia y que había sido construido por la Mano del Hombre, ese ser que convertía en cemento concreto todo lo que tocaba, obligando a la dinastía de los Sabios a buscar nuevas riberas. Desde ahí se internó, por fin, en Rápidos de la Montaña.

Al llegar a este sitio, tuvo una buena fortuna extraordinaria, pues fue directamente a rendir homenaje al emperador y llevarle el abrazo que le enviaba su hermana, la Rana Sabia. Con tal carta de presentación, inmediatamente el emperador Sapo Docto le ofreció estanques para gobernar y compradores para sus moscas, a lo que Nuestro Sapo replicó: "Mi deseo no es el de gobernar ni dedicarme a vender mis moscas, pero he de informarte, Sapo Docto, que en mi familia siempre hemos sido amantes de las flores y los recuerdos".

El emperador, captando el mensaje de Nuestro

Sapo y queriendo recompensarlo, le dijo: "El Gran Sapo del Mundo te ha designado para el cargo de Memorial de Rápidos de la Montaña".

Ese nombramiento le aportaba doce mil moscas al año y gran cantidad de flores de las tierras del lugar; pero lo que recibía Nuestro Sapo no le era suficiente y no pasó mucho tiempo sin que llegara a contraer deudas por más de 60,000 moscas. Ante semejante aprieto, tuvo que recurrir una vez más a su ingenio. Compuso de memoria un himno de alabanza a su señor, y lo cantó frente a él croando con emoción. El emperador quedó encantado y, Rafles, aprovechando la oportunidad de ver al Gran Sapo Docto tan conmovido, mencionó su deuda como por casualidad.

El emperador ordenó: "Que se pague toda su deuda y se tomen las moscas de mi tesoro personal".

Pero un mal día, Nuestro Sapo cayó de la gracia del emperador cuando éste se enteró que visitaba a un sapo a quien el Sapo Docto consideraba su enemigo. Cualquier otro sapo habría sido condenado a muerte por una insolencia de tal magnitud, pero Rafles se las ingenió de tal modo que no sólo fue perdonado sino que logró que el emperador lo nombrara su embajador en Lago Lejano. Con muchas moscas y una rica variedad de flores, iguanas y criados, Rafles salió a viajar de nuevo. Llevaba apenas una legua de camino cuando le salieron al paso unos bandidos que ahuyentaron a sus criados y después le robaron absolutamente todo lo que llevaba, incluyendo las iguanas que le servían de transporte.

Al verse tan lejos de la Buena Fortuna y despojado de todos sus bienes, Nuestro Sapo desandó el camino durante siete días bajo el rayo del sol sin comer otra cosa que insectos ya muertos y disecados por el calor. Sin embargo, al llegar de nuevo a Rápidos de la Montaña, el emperador lo premió por su valentía.

Nuevamente se aprovisionó y volvió a marcharse, esta vez rumbo a Lago Simbólico, donde volvió a perder todo su equipaje sin quedarle más nada que sus tristes croares al Dios Universal, la Deidad Única en quien Rafles confiaba sus endechas, y a quien se dirigía de variadas maneras cuando las cosas marchaban bien como cuando nada le salía bien.

No pasó mucho tiempo sin que unos sapos santos le regalaran diez moscas y, con éstas, Rafles comenzó a recuperarse. Al verse nuevamente dueño de sí mismo, y con su aplomo acostumbrado, llegó a Boca del Triunfo, donde el Sapo Rey 4º, otro de los hermanos de la Sabia y miembro de la dinastía de los Siete Sabios más grandes del mundo, lo nombró Memorial y le dio varias ranas como esclavas y tres ranas doncellas para que se casara con ellas. Tuvo un hijo con una de ellas pero a las otras dos las repudió.

Sin embargo, y a pesar de la vida regalada de que disfrutaba Rafles, sus ansias de correr mundo no lo dejaban en paz, y al poco tiempo pidió licencia al Sapo Rey 4º, quien le permitió salir de Boca del Triunfo para dirigirse a Laguna Sincera.

Las memorias de sus correrías en Laguna Sincera son breves; pero, al parecer, y por los recuerdos que hoy

se relatan en Orilla del Río, en el curso de su Gran Aventura siguió encontrándose con sapos extraños y bondadosos. En estos recuerdos se menciona a un Sapo Santo ("que tenía una edad mayor a la de doscientos años") quien arrimó el oido a sus papilas y, después de escuchar atentamente, le aconsejó que pensara más en la Vida Recóndita "porque vivía atado fuertemente a los placeres del mundo".

A pesar de su inteligencia, muchas veces parecía que Rafles exageraba las cosas que narraba cuando se complacía recordando su Gran Aventura. Por ejemplo, recordaba muy detalladamente el cultivo de la miel de abejas en Lago Sarcástico, pero luego añadía algo que a muchos les parecía inverosímil: "Abren la abeja y adentro encuentran una cápsula de cera que se arranca con la punta de la lengua, se expone al sol, se derrite ¡y se convierte en miel!" También se presta a dudas otra de sus memorias de cuando estuvo en las márgenes de Río Verídico, un recodo llamado Bahía Íntima, "donde había una reina que comandaba un regimiento de ranas que luchaban junto a ella con la misma fiereza que los sapos".

Después de 25 años de viajar por todas partes, finalmente Rafles emprendió el camino de regreso a la ribera paterna, visitando de paso, y por última vez, a la Rana Sabia a quien hemos de agradecer el haber aconsejado a Nuestro Sapo que hiciera una remembranza coherente de sus numerosos viajes. Había visitado todos los estanques de la Cordillera de la Infinidad de Arroyos y había conocido a muchos de sus gobernantes. Sus

memorias son una hermosa narración sobre Todas las Cosas de la Vida, croadas con el más profundo sentimiento.

Sus recuerdos terminan con este comentario: "No cabe duda de que fui un Gran Viajero, colector de moscas, flores y recuerdos; y aquel que me llame conocedor de la Gran Aventura de la Vida, no faltará a la verdad".

Rafles pasó sus últimos años relatando recuerdos, atrapando moscas y canjeándolas por flores para refrescar el estanque que había heredado de su padre en Orilla del Río, donde a menudo se le oía reir y croar sentidos lamentos de amor en las noches de luna llena.

“El Chantaje”

Había fuego en su mirada mientras avistaba el reloj. No sabía con certeza a qué hora se presentaría, pero a él simplemente no le quedaba más remedio que esperarla ahí. Lo tenía atrapado por todas partes. Lo que estaba sucediendo era repugnante, inadmisible, absurdo.

Se mesaba el cabello con desesperación. ¿A qué hora llegaría? ¿Cuánto dinero le pediría? ¿Le entregaría el video de su culpabilidad? Y si se lo entregaba, ¿quién podía asegurarle que ella no lo hubiera reproducido?

Ya no era tiempo de arrepentirse, las cosas estaban hechas... y videograbadas. Pero se lamentaba haber aceptado su invitación aquella noche. ¡Maldita noche funesta, culpable de todas sus congojas actuales y futuras! Quién iba a pensar que se estaba enredando con una chantajista. Quién iba a imaginarse que detrás de esa cara angelical se escondía el ser más perverso del mundo... Y pensar que durante días sólo la tuvo a ella en el pensamiento, en las cosas que le diría en su próxima cita. No lo podía creer.

Justamente esa misma mañana se había levantado lleno de optimismo para irse a trabajar. Más tarde, estando en la sala de juntas con los socios del bufete de abogados donde comenzaba a

hacer una carrera prometedora, le pasaron la llamada. A pesar de que en estas juntas se daba la orden de no aceptar llamadas personales, había sido tan astuta que inventó que lo llamaban de parte de su esposa por un asunto de suma urgencia. El director, alarmado, le dijo que tomara el teléfono al tiempo que se mantenía atento a su reacción, preparándose para ofrecerle su ayuda en caso de necesitarla.

Cuando escuchó las melosas palabras de "te tengo una sorpresita", él todavía le dijo que fuera breve porque estaba en una junta importante. El director, que lo observaba atentamente, lo vio palidecer y desvanecerse en su asiento, imaginando que algo grave había sucedido en su casa.

—¿Podemos ayudarlo en algo, Ricardo?

—No, no señor. No se preocupe. Son cosas que pasan en un matrimonio... —dijo sin saber qué decir o qué inventar.

—¿Prefiere retirarse para que continuemos con la junta?

—Sí... Sí, señor —contestó balbuceando.

Se dirigió a donde ella lo había citado. Extraño lugar, la cabina del cajero automático de un banco. Después de varios minutos de espera y de moverse de un lado a otro para permitir que los tarjetahabientes hicieran uso de la máquina expendedora de dinero, llegó ella fresca y despreocupada.

Al verlo dentro de la cabina, exclamó riéndose con burla:

—¡No tenías que meterte a la cabina! Te dije "donde está el cajero automático", ¡no adentro! —y seguía riéndose.

Ricardo pensó: "la descarada, todavía se ríe encima de que pretende chantajearme..." —¿Qué deseas? ¿Cuál es la urgencia? —le preguntó secamente.

—Te tengo una sorpresa, mi amor. Un video fabuloso que te tomé sin que te dieras cuenta. ¡Pero me vas a tener que pagar una fortuna si lo quieres...! —le dijo con una sonrisa picaresca.

—¿Y cómo sé que es el único, que no has sacado copias?

—¡Claro que tengo una copia! Yo también quiero conservar tu "galanura" en el video. ¡Sales tan guapo...!

Se montaron en el auto y se dirigieron a la casa de ella para ver la cinta. Ricardo se imaginaba todo lo que perdería si esa película se llegara a conocer. Pensó en su esposa y sus queridos hijos, la empresa a la que había entrado a trabajar después de tantos esfuerzos para pasar las pruebas. En este tipo de bufetes jurídicos, el prestigio de los asociados era de primordial importancia, por eso pagaban una fortuna a sus empleados. Todos debían ser absoluta-

mente rectos y respetables en su vida íntima y pública. Él había cumplido con todos los requisitos de rectitud, integridad, probidad, honradez, decencia y moralidad, y esta mujer estaba a punto de echar a perder lo ganado y a desprestigiarlo por el resto de su existencia. ¡Lo perdería todo! pensaba en el trayecto, incluyendo esposa e hijos, para quienes sería una vergüenza saber que no era el padre ejemplar que creían que era. Ya se imaginaba estigmatizado y abandonado por todos para siempre. El futuro ahora se le presentaba de lo más negro y deprimente.

Finalmente llegaron al lujoso edificio donde ella vivía. Ricardo acomodó el auto en el estacionamiento subterráneo que se encontraba desierto a esa hora. Pensó que ése sería un buen lugar para estrangularla y borrarla de su vida; pero se detuvo ante la idea de que tendría que dejar su cuerpo muerto por ahí en alguna parte y que correría el riesgo de que la encontraran mientras él subía al departamento a buscar los videos. No, no era buena idea deshacerse de ella todavía. Mejor esperaría a que subieran.

Ya en el departamento, ella trajo un par de copas y se sentaron en el sofá de la sala frente al televisor. Con el controlador en la mano, le preguntó:

—¿Qué me vas a dar por verlo?

—¿Tengo que pagar por verlo y luego pagar por tenerlo y volver a pagar por la copia que hiciste? ¡Maldita! ¡Quieres arruinar mi vida! —gritó lanzándose sobre ella al tiempo que la prendía por el cuello apretando con todas sus fuerzas. Después de que las vértebras del cuello tronaron entre sus pesadas manos, sintió cómo la chica fue perdiendo el aliento hasta dejar de respirar totalmente. La había matado.

Se levantó para recuperar la compostura y tomó el controlador de la mano de ella. Encendió la videocasetera y se dispuso a ver el video antes de destruirlo. Aparecía él caminando en la calle, él tomando una copa en un bar, él saliendo de su oficina... Él era el único personaje que aparecía en el video. ¡No había nadie más! Nada tenía de vergonzoso; en todas las escenas aparecía elegantemente vestido y se conocía que la chica se había pulido tomándole acercamientos de todas sus poses de galán triunfador. Ahora se acordaba que ella estaba asistiendo a un curso de cinematografía y lo había tomado a él como modelo...

Se llevó las manos a la cara. ¡Qué había hecho! ¡Había sido una muerte inútil! Estaba desesperado. Se acercó a ella para revivirla, pero era tarde. La chica ya había tomado un tinte transparente y su muerte era irremediable. Se dispuso a sacar

la cinta de la videocasetera y a buscar por todas partes la copia que había dicho que tenía. La encontró a un lado del televisor. Afortunadamente no había dejado rastros de su presencia en el departamento ni nadie lo había visto entrar, pero por si acaso, limpió con su pañuelo las huellas digitales de la copa que le había ofrecido y todas las que podría haber de él dondequiera que hubiera puesto las manos.

Salió de nuevo por el estacionamiento y en el camino se detuvo en un lote baldío a quemar los videos. Se lamentó por haberla asesinado, pero ahora no debía quedar una sola prueba de su amistad con esa mujer. Después de destruirlos, se sintió libre y descansado. Se dirigió a un bar de lujo a tomar una copa para recuperar la integridad. Después iría a comer con su familia tranquilamente, y en la tarde se presentaría a trabajar como si nada hubiera pasado ese día. En el fondo se felicitaba por su buena fortuna. Todo seguiría igual.

Esa noche, en su casa, ya en la cama junto a su esposa, recibió una llamada misteriosa y aterradora a la vez. Era una mujer que se identificaba como la empleada doméstica de la muerta, quien comenzó a explicarle que la chica acostumbraba dejar su cámara de video funcionando encima del televisor...

Si desea enviarme un comentario
sobre la lectura de estos cuentos,
escríbame por favor a:
traduct@prodigy.net.mx